

¿Estilos nacionales de antropología? Reflexiones a partir de la sociología de la ciencia¹

Hebe M.C. Vessuri²

1. Estilo y nación en la ciencia

La invitación de Roberto Cardoso de Oliveira (1990) a reflexionar sobre la utilidad de la noción de estilo para caracterizar las variaciones nacionales de la práctica antropológica que se dan en el seno de la matriz disciplinaria, abre un camino sugerente. El presente ejercicio procura explorar la noción de estilo en relación con desarrollos recientes en sociología e historia de las ciencias, retomando la comprensión de este concepto en la crítica e historia del arte, así como de las nociones de nación y nacionalismo.

Un observador atento y, más aún, el integrante de una comunidad científica, cuando se traslada a otro país nota diferencias organizacionales, de prioridades e intereses de investigación, hábitos de trabajo y posturas teóricas entre los colegas de la misma disciplina pertenecientes a una y otra comunidad nacional. Por ello, resulta sorprendente que al considerar a la ciencia como componente fundamental del desarrollo cultural nacional, los historiadores y sociólogos de la ciencia hayan evitado sacar conclusiones teóricas de sus investigaciones.

Raramente en sus análisis los investigadores se salen de los límites de un país particular, usualmente el propio. Los desarrollos nacionales se consideran aisladamente, en el marco que ofrece el contexto de cada país o, cuando los enfoques son más amplios, suelen ser analizados en relación con las corrientes internacionales en las que los procesos nacionales se integran. Pocas veces se intentan comparaciones explícitas y sistemáticas entre las variantes nacionales en un mismo período histórico. Ha habido poco interés comparativo en estos estudios. Aunque la literatura existente ha contribuido relativamente poco de relevancia directa a la elucidación de los estilos nacionales en ciencia y tecnología, indirectamente, su importancia ha sido significativa.

La ausencia generalizada de foco comparativo en los estudios nacionales de una o más disciplinas científicas tal vez indique un

¹ Versión original, revisada, de "Estilos nacionais da antropologia? Reflexões partir da ciência". En: R. Cardoso y G. Ruben (orgs). *Estilos de antropologia*. Campinas, SP: Ed. da Unicamp, 1995.

² Antropóloga, Investigadora Titular del IVIC (Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas), Caracas 1020-A.

rechazo más profundo de la temática. La ideología dominante ha resistido la idea de estilos nacionales en la ciencia, en particular por la convicción de que toda la ciencia moderna es, de alguna manera, la misma, de una sola clase. Pudiera argumentarse que lo que está por detrás de esas resistencias son las formas como se definieron y combinaron dos nociones básicas: nación y ciencia modernas. El concepto del Estado-nación arranca de los grandes juristas franceses de los siglos XVII y XVIII. En muchas lenguas el concepto de nación ha tardado más tiempo en nacer y todavía no es muy usual (cf. Mauss 1972:275). Con la expansión de Europa, el Estado-nación, principio del orden social europeo moderno, se convirtió en el sujeto del derecho internacional. El conjunto de los sujetos soberanos que dominaron el planeta formaron una sociedad de las naciones, una asociación contractual de estados miembros. Las sociedades que no adoptaron la forma nacional-estatal no tuvieron existencia jurídica, estuvieron «sujetas a ser descubiertas, conquistadas y colonizadas» (Latouche 1989). En el siglo XVIII, la Ilustración, en el proceso de construcción de la idea de la nación moderna como base de la civilización europea, esbozó la noción de «carácter nacional». Montesquieu afirmaba que «el clima, la religión, las leyes, las máximas del gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas, las costumbres, los usos» daban forma a un espíritu general.

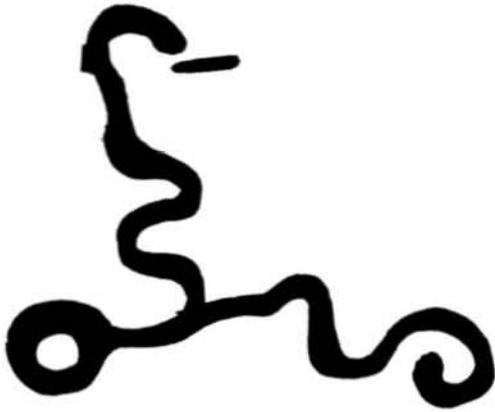
Pero mientras Montesquieu mantenía cuidadosamente la distinción entre leyes positivas y principios universales de la equidad, un autor típico del romanticismo alemán, Herder, radicalizó y tergiversó las tesis de *El espíritu de las leyes* (1748), en *Otra filosofía de la historia* (1774), transformando a «la» cultura en «mi» cultura, al sostener que todas las naciones de la tierra tienen un modo de ser único e irremplazable. Según este autor, nada trasciende la pluralidad de los espíritus colectivos: todos los valores supranacionales, sean jurídicos, estéticos o morales, están desprovistos de soberanía. Sus ideas ganaron simpatizantes en la Alemania ocupada por la Francia napoleónica (Finkielkraut 1987). La noción de un «espíritu folk» (el *Volksgeist*) condujo a la glorificación de factores irracionales e instintivos concebidos como los verdaderos elementos del «genio nacional creativo». Los pensadores quedaban confinados al ámbito nacional.

Por otro lado, pudiera decirse que el programa «comparativo» simplemente no encaja en las nociones preconcebidas de lo que se supone es la ciencia: para los apologistas del cientismo, un «saber hacer» universalmente instrumental, que proporciona las más efectivas soluciones a problemas técnicos particulares; para los críticos relativistas, una ideología culturalmente fundada, que refleja los intereses de un grupo particular de practicantes. La idea de la homogeneidad de la ciencia se convirtió en sabiduría convencional y se cimentó en dogma en los años Cincuenta y Sesenta, asociada a hechos históricos marcantes en la construcción del mundo contemporáneo. Como durante la II Guerra Mundial las diferencias nacionales adoptaron extremos tan violentos como

el nacional socialismo alemán, el fascismo italiano y japonés, o propuestas polarizadas en el campo de la ciencia como la de una ciencia proletaria en la Unión Soviética contrapuesta a la supuesta ciencia aria de la Alemania nazi, en oposición a las ideologías totalitarias de derecha e izquierda, surgieron posturas teóricas como las que cristalizó Robert Merton (1942), quien entre otras, formuló su norma de «universalismo» como componente esencial del *ethos* de la ciencia. Ella implica que ya que los fenómenos naturales son los mismos en todas partes, los contextos sociales, culturales y políticos son irrelevantes para la evaluación objetiva de la verdad de las aseveraciones científicas.

No obstante, semejante «verdad» tiene más que valor filosófico, ya que puede constituir la explicación de la experiencia cotidiana y tomar cuerpo en objetos de nuestra vida diaria. De esta manera, la «verdad» puede ser reconocida fuera de un círculo de adeptos de la ciencia. Como otras supuestas normas de la ciencia, el universalismo implica un sistema social: no hay base para la ciencia como sistema social apoyado por la sociedad a menos que la verdad científica sea percibida como valiosa. Así, aunque en la visión normativa que el científico tiene del mundo de la ciencia, la utilidad no es el objetivo de la investigación científica, ella sigue a la certificación del conocimiento y la operación de otras normas internas que aseguran su validez. Sin el supuesto de utilidad, la ciencia como sistema social no tiene sustentación. Cuando la atención se focalizó en la ciencia con relación a países particulares (especialmente de la periferia), el utilitarismo —que, a menudo, permanecía implícito en el sistema de significados de la comunidad científica de los países avanzados—, se hizo explícito. De esta forma, el supuesto se entendió en términos tales como: «una práctica científica universalista produce conocimiento científico y éste debe ser útil también en países particulares» o «los desarrollos científicos locales deben hacerse según los patrones de la ciencia internacional». Por un tiempo, la dinámica local de la actividad científica y su vinculación con la industria y la sociedad huésped, quedaron sin ser examinadas, estableciéndose paralelismos internacionales simplistas entre los gastos nacionales en ciencia y un supuesto nivel de desarrollo, suponiéndose un sistema de valores y actitudes único que fue percibido como acultural, común al sistema científico independientemente de los contextos donde se desarrollara. Cuando más tarde la propia práctica fue definiendo una agenda de investigación correspondiente a los países subdesarrollados, con frecuencia se produjo el esquema de las dos ciencias: desarrollada y subdesarrollada. Volveremos más adelante sobre este punto.

Así fue como reclamamos para que se hicieran análisis comparativos en el estudio académico de la ciencia, como los de Edgar Zilsel (1945), cayeron en oídos sordos. Si los contextos locales en los que se producía la ciencia no tenían incidencia sobre el conocimiento científico, no tenía sentido analizarlos individualmente ni menos aun hacer comparaciones entre esos escenarios socioinstitucionales. En efecto, el desarrollo que tuvo lugar en la



Postguerra puede ser visto como un intento de establecer la universalidad del método científico y el internacionalismo de la institución científica. Esta fue una parte importante del legado disciplinario y afectó la identidad de la sociología de la ciencia en su desarrollo en los años de 1940 y 1950. De ese modo, inclusive en estudios perceptivos de la institucionalización de la ciencia como los de Ben-David (1974), no se analizaron las implicaciones epistemológicas del proceso. Se llegaron a mostrar diferencias nacionales en la productividad científica, en el liderazgo internacional y las tasas de crecimiento económico, pero se excluyó la posibilidad de que esas diferencias tuvieran algún efecto sobre el nivel cognitivo de la investigación científica. Ben-David pareció creer en un rol científico universalmente óptimo, una forma institucional que podía, en algún sentido, maximizar la efectividad funcional de la ciencia. Sin embargo, lo producido por ese rol, los resultados de la investigación científica en cuanto sistema social e históricamente situado de actividad, cuyo significado está en negociación constante, con implicaciones recíprocas entre las instituciones y su contexto, fueron excluidos del análisis.

Más recientemente, surgieron nuevas corrientes en la investigación social de la ciencia, inspiradas en el relativismo de la antropología. Su ambición fue, en gran medida, embeber la ciencia en su ambiente social, hacer estudios de caso particulares. Donde antes la ciencia se disolvía en normas universales y criterios absolutos, ahora se revelaba cada vez más enraizada en usos y tradiciones particulares (Latour 1983; Traweek 1988; Vessuri 1991; 1993). Curiosamente, el particularismo dominante en el estudio social de la ciencia reciente no estuvo acompañado por un interés en la comparación sistemática. Se sabe que «no hay nada nuevo acerca de la idea que la comparación es el mejor enfoque para conocer qué aspectos de la ciencia son universales y cuáles meramente particularidades locales» (Sivin 1977). Pero si la idea no es nueva, ciertamente ha sido sub-utilizada. Tal vez, en esto, los desarrollos recientes no difieran demasiado de la tradición disciplinaria antropológica. Por mucho tiempo, la antropología tuvo un interés metodológico en la comparación como objetivo disciplinario. Pero en la práctica no fueron muchas las comparaciones sistemáticas de los aspectos culturales comunes a dos o más culturas, con el propósito de destacar los rasgos diferenciadores. Además, pese a plantearse como cuestionadora de la pretensión de universalismo de la ciencia occidental y ser mal entendida como supuestamente negando la posibilidad del conocimiento de validez universal, al intentar descubrir la determinación «social» de la ciencia, esa corriente afirmó un universalismo de cuño diferente. Al convertir todo conocimiento en una cuestión de «intereses sociales», de negociaciones dependientes de un contexto particular, se adoptó de hecho un universalismo de los intereses, una teoría biologicista de las necesidades. El universalismo pareció así ser simplemente transferido de un nivel de análisis a otro.

La presente reflexión parte de la noción de la disciplina científica como multidimensional: es

«una institución política que demarca un área del territorio académico a partir de la construcción y recorte de un sistema de ideas, distribuye privilegios y responsabilidades de experticia sobre un campo de conocimiento y estructura las pretensiones sobre los recursos» (Kohler 1982).

Una disciplina no expresa un orden fijo de la naturaleza sino que es una criatura histórica que refleja hábitos y preferencias humanas. Como en otras ciencias poliparadigmáticas (Lammers 1974), en la antropología es posible distinguir una matriz disciplinaria, que articula sistemáticamente un conjunto de paradigmas coexistentes en el tiempo, activos y relativamente eficientes (Cardoso de Oliveira 1988). A diferencia de las ciencias monoparadigmáticas, que los registran en sucesión en un proceso continuo de sustitución, en la antropología encontramos varios paradigmas activos simultáneamente, sin que el nuevo elimine al anterior por vía de las «revoluciones científicas» de las que nos habla Kuhn, sino que conviven, muchas veces en un mismo país, a veces en una misma institución. Se propone que de las variadas combinaciones que pueden resultar de las adaptaciones entre la matriz disciplinaria, los diversos paradigmas predominantes y los contextos socioinstitucionales particulares resultan diversos estilos o programas de antropología. Se trata, por tanto, de una propuesta de explorar las fuentes y pequeños arroyos que fluyen en el río mayor y aportan su estrecho caudal de aguas a la corriente más amplia de la disciplina.

Por estilo antropológico de una escuela de investigación o en un país dado, entiendo los rasgos peculiares de una práctica científica realizada en contextos socioinstitucionales particulares, que comparte con otros contextos la creencia, como apropiada y natural, en la estabilidad y universalidad de las formas fundamentales de pensamiento y práctica disciplinaria. A través de la noción de estilo interesa identificar contexturas sociocognitivas que en algún sentido sean comparables entre sí al interior de configuraciones más amplias que las engloban. En este sentido el estudio de las «ciencias en contextos nacionales» apunta a ciertos lineamientos heurísticos. Una disciplina no es una comunidad homogénea, consensual. Consiste en segmentos diversos, a menudo identificados con estilos o programas competitivos, adaptados a diferentes contextos socioinstitucionales y, lo que es muy importante, que prescriben relaciones favorecidas con otras disciplinas. Si, en la analogía de Kohler, las disciplinas son a la economía política de la ciencia lo que las naciones son a la economía política de la producción y el comercio, entonces no debe sorprendernos que sus asuntos domésticos estén profundamente influenciados por un variado tráfico de ideas y problemas con disciplinas vecinas. Esto es especialmente cierto para la antropología, que debe adaptarse a vecinos con frecuencia más poderosos, a veces dominantes, como la economía, la sociología o

la historia. Un conjunto de áreas-problemas recurrentes aparecen en diferentes contextos nacionales: la existencia o no de tradiciones científicas específicas, la relación históricamente fluida, aunque identificable, entre ciencia y tecnología, ciencia y religión, ciencia y cultura; el ordenamiento jerárquico de las diversas ciencias; las alianzas políticas de grupos de científicos; los canales de reclutamiento; los roles de servicio. Crucial para todas ellas es la forma institucional o, más ampliamente, organizacional, en la cual se realiza la actividad científica. Cada una de estas áreas-problemas, y sin duda otras más, son claramente caracterizables en términos de sus contextos nacionales. Los problemas históricos «generales» han sido resueltos de diferentes maneras en distintos países y pareciera que un marco más explícitamente comparativo pudiera llevar a generalizaciones que resulten de utilidad para el futuro desarrollo de la ciencia. El argumento es que las concepciones programáticas o de estilo de los antropólogos en contextos particulares recibieron forma de los contextos y relaciones institucionales cuando se dio suficiente tiempo para que cristalizara una tradición particular. Orientaciones y oportunidades diferentes dieron forma a las carreras de los antropólogos que trabajaban en departamentos de ciencias sociales, de historia o de arqueología. La conexión entre contextos institucionales y estilos disciplinarios puede verse mejor analizando los departamentos universitarios. La misión de éstos es darle cuerpo y perpetuar las disciplinas. El perfil disciplinario de una institución o de un país se refleja en gran medida en la forma como se definen las cátedras, los departamentos y los programas de estudios universitarios.

La noción de estilo no es nueva en la antropología. No es mi intención hacer una investigación historiográfica sobre la evolución del concepto; sin embargo, vale la pena mencionar a un autor como Kroeber (1962), quien enfatizó extensamente el surgimiento local repetido, dentro de la masa cultural burbujeante, de conjuntos de elementos caracterizados —tal como el los visualizó— por tendencias sorprendentes hacia la selectividad, la consistencia interna, el estilo. Kroeber nos invita a pensar en términos grandes, imaginativos, integrativos. Lo que él llama estilo tiene que ver con búsquedas de consistencia, selectividad, integración en las combinaciones de diferentes elementos que en lugares y momentos particulares se dan dentro de la corriente cultural principal. De manera similar, los arqueólogos también se han servido de la noción de estilo como código de comunicación en su intento de asignar significado a objetos recuperados de grandes zonas contiguas que, aunque mudos en sí mismos, llevan la marca de concepciones similares de ritual así como prácticas corporizadas en una forma artística común. Al situar la comunicación más firmemente en su matriz social y cultural, es posible aproximarse con más significado al problema del estilo y a los conceptos relacionados de selección y canalización de hábitos (Wolf 1964:77).

En la historiografía del arte se encuentran elementos adicionales para la conceptualización del estilo disciplinario. Aunque muchas

de las nociones filosóficas de Wolfflin han sido superadas, no deja de ser sugerente su argumento de que en el siglo XVII la técnica de la pintura al óleo había sido desarrollada hasta tal punto que volvía prácticamente impensable emplear las formas surgidas naturalmente en generaciones anteriores. De hecho lo que Wolfflin (1964) trataba de hacer era identificar un denominador visual común que, argumentaba, era compartido por todas las obras producidas en la misma época. Wolfflin esboza ejemplos de estilo en la historia del arte como expresión del temperamento de una época y de una nación al igual que del temperamento individual. El «temperamento» no hace a la obra de arte, pero es lo que se pudiera llamar el elemento material del estilo, tomado en el sentido amplio de que el ideal particular de belleza (tanto del individuo como de la comunidad) está incluido en él. Por analogía, pudiera argumentarse que la creatividad científica no está garantizada por el «temperamento» o «estilo», pero es el sustrato en el cual se construye la producción intelectual. Naturalmente el artista/científico coloca el cánón general del arte/ciencia en primer plano, pero no se puede negar al observador social su interés en la variedad de formas en las que el arte/ciencia aparecen, y no es pequeño problema el descubrir las condiciones que como elemento material —llámese temperamento, *zeigeist* o carácter histórico-social, determinan el estilo de individuos, períodos y naciones (cf. Wolfflin 1964). Siguiendo con la analogía, cada científico encuentra ciertas posibilidades teórico-experimentales- institucionales frente a él, a las que está ligado. No todo es posible en todo momento. El perfil de la ciencia tiene su historia y la revelación de estos estratos cognitivo-institucionales es una tarea básica de la sociología de la ciencia o de la meta-teoría de la antropología.

2. Modelo de Análisis

Pasemos ahora a construir un modelo de análisis para el estudio de estilos nacionales en antropología. Me apoyo en la elaboración que hizo Jamison (1982) sobre la ciencia en los países escandinavos, con base en un trabajo previo de Brookman (1979) sobre la ciencia en Holanda. Brookman señala cuatro aspectos principales de la nacionalidad en la ciencia:

- a. «estilos» verbales, intelectuales y socioculturales: parte de las distinciones hechas por Pierre Duhem a comienzos de siglo (1914) entre «estilos» de investigación de la física en Alemania, Inglaterra y Francia. Están envueltas aquí diferencias basadas en el lenguaje, aspectos psicosociales y varias tradiciones culturales nacionales;
- b. especialidades: se refiere al hecho de que ciertos países se especializan en algunos campos;
- c. estructuras institucionales: tiene que ver con las diferencias en los escenarios organizacionales;
- d. liderazgo científico: considera los cambios en la



participación en el desarrollo científico internacional.

Brookman identifica estas características nacionales en su trabajo sobre política científica, pero no parece interesado en argumentar sobre su significación, más allá de caracterizar las diferencias entre lo que llama «nacionalidad» e «internacionalidad» de la ciencia en Holanda. Jamison, por su parte, reformula estos cuatro aspectos con el fin de construir un modelo de análisis que le permita explorar la dimensión nacional en la institución científica, que, le parece, está ideológicamente obliterada por la homogeneización occidentalizante —el motor dominante del desarrollo socioeconómico del siglo XX. En su reelaboración del modelo de Brookman, distingue un primer nivel, que llama de sesgo metafísico: las diferencias identificadas por Duhem serían reflejo de ciertas corrientes metafísicas de pensamiento dominantes en los distintos países. Propone considerar las tradiciones filosóficas nacionales que condicionan las maneras como los científicos piensan sus resultados de investigación, las «figuras de pensamiento» fundamentales, con el propósito de descubrir un patrón en las formas de teorización características de los científicos en países particulares. En esto se alinea con los hallazgos de Needham (1969) para la China y de Nasr (1976) para el mundo islámico; también nos ofrece una manera de utilizar las perspectivas de Whitehead (1985) y Burt (1925) de una manera más sistemática y diferenciada.

El segundo nivel de Jamison retoma el segundo aspecto de Brookman —las especialidades predominantes en países particulares. Envuelve la identificación de intereses científicos nacionales, en el supuesto de que esas especialidades son más pertinentes a las necesidades de desarrollo nacional y/o que el sesgo metafísico estimula ciertas áreas de estudio más que otras. De hecho, Jamison adopta una especie de causación geográfica, con jerarquización de disciplinas y especialidades en términos de recursos naturales, diferencias climáticas y de otro tipo, etc.

El tercer aspecto de Brookman, las estructuras institucionales, resulta para Jamison el nivel medio, nivel en el cual el sesgo metafísico de la nación y sus intereses científicos nacionales se conjugan en el conocimiento científico. En este nivel, por supuesto, se ha hecho mucho; el estudio de las instituciones científicas fue una de las áreas de interés recurrente de los sociólogos e historiadores de la ciencia. Lo que ha faltado, sin embargo, son intentos explícitos de combinar los estudios y comparaciones institucionales con preocupaciones más filosóficas o económicas. El estudio de las instituciones científicas ha sido en gran medida descriptivo; la teoría predominante fue el funcionalismo sociológico, según el cual las instituciones científicas se mostraban satisfaciendo ciertas funciones sociales y los científicos, ciertos tipos de «roles» sociales. Esas funciones y roles fueron vistos, en su mayor parte, como algo universal, intrínseco al crecimiento de la ciencia según las líneas de las normas institucionales de Merton. Para una comparación de estilos nacionales parece necesario diferenciar en el estudio de los procesos de institucionalización entre roles

científicos, las funciones de los intelectuales en el ejercicio de la hegemonía de clase, como se ubican socialmente los investigadores, la manera como se define su ciencia, la forma como ella se organiza.

La cuarta característica de Brookman, el liderazgo científico, adquiere significado un poco diferente en Jamison cuando intenta hacer funcionar el modelo. No le interesa tanto el liderazgo en cuanto prominencia relativa. Lo que se vuelve interesante en su modelo es el grado en que dos o más países pueden decirse exitosos en la escena internacional, el grado en el cual sus estilos nacionales convergen con un estilo internacionalmente dominante. La cuestión es diferente a determinar qué país es líder en una competencia internacional, lo cual, de muchas maneras, sirve para distorsionar los componentes nacionales de esa competencia. Las rivalidades nacionales, son, por supuesto, una parte central de la empresa científica; esto es, los intereses científicos nacionales pueden a veces oponerse a un objetivo económico y estar dirigidos a la búsqueda de «prestigio» o estar condicionados ideológicamente. Eso, por supuesto, entra en el modelo, pero no como variable independiente. Más bien, la cuestión del liderazgo o congruencia con una frontera de investigación internacional se vuelve algo que el modelo trata de explicar; el crecimiento científico se ve, en consonancia con perspectivas de la reciente historia social de la ciencia, de manera cualitativa, no lineal. Lo que el modelo espera ayudar a aclarar son las maneras en las que los componentes nacionales «condicionan» ese crecimiento disperejo.

3. Aplicación

De las características de Brookman, Jamison deriva un modelo de estilos nacionales con cuatro niveles:

- a) el sesgo metafísico
- b) el interés científico nacional
- c) las estructuras institucionales.
- d) la congruencia relativa entre tradiciones nacionales.

Veamos ahora a través de un ejemplo, el potencial del enfoque, en este caso con referencia a la antropología en Venezuela, un país pequeño y con poca tradición científica. Cada nivel va más allá de la disciplina particular y refleja un aspecto particular de la estructura social nacional. Por tanto, para estudiarlo adecuadamente se necesitaría hacer uso de un extenso abanico de información proveniente de una amplia gama de campos académicos y no sólo de la disciplina en cuestión. Así, por ejemplo, la consideración del primer nivel, de los sesgos metafísicos, nos llevaría a los estudios culturales, a la historia de la literatura y la filosofía, a la etnología y a la antropología y a las teorías del desarrollo cultural. En última instancia, se trataría de ver hasta qué punto se pueden explicar los rasgos específicos que ha asumido la antropología como práctica científica local en términos de las características más básicas de la experiencia colectiva de la sociedad y cultura venezolanas. No cuento con los conocimientos necesarios para formular un

diagnóstico plausible de esos rasgos fundamentales de la sociedad venezolana. Aquí sólo puedo sugerir su estudio bajo el supuesto de que la riqueza de los componentes indígenas, africanos, criollos y europeos, con sus adaptaciones peculiares dentro del mismo proceso de implantación que se inició en los albores del siglo XVI, y todavía continúa a finales del siglo XX, necesariamente han debido resultar en una especificidad que los nacionales intuyen y expresan de diversas maneras y que debería ser explorada.

El segundo nivel nos remitiría a la historia intelectual y económica e inclusive, a la geografía y la ecología humana. En términos de la organización y jerarquía de las disciplinas científicas desarrolladas en el país, los venezolanos persisten en seleccionar preferiblemente la tríada medicina-derecho-ingeniería, estrechamente asociadas con el acceso a los espacios de poder dentro de las variantes del clientelismo. La antropología, disciplina menor en el concierto científico nacional, se institucionalizó en Venezuela estrechamente vinculada a las ciencias sociales. Estas, con excepción de la economía, no han llegado a tener un alto grado de legitimidad en el país, y en particular la sociología, disciplina a la que la antropología se vincula por múltiples lazos históricos e institucionales, con un número de practicantes y candidatos mucho mayor que ella, ha vivido en las últimas décadas un proceso de deslegitimación marcado. Reflejo de esta situación es que los lugares ocupados por los sociólogos y los antropólogos en el cuadro técnico-profesional del aparato burocrático estatal son el antepenúltimo y último respectivamente, aunque no son pocos los casos en los cuales sociólogos o antropólogos se encuentran trabajando bajo denominaciones diferentes (analista, planificador, etc.). Además, a pesar de que la carrera universitaria ya tiene muchos años en el país, la estructura burocrática del Estado no ha producido la posibilidad de cargos directivos para antropólogos y son muy pocos los sociólogos con responsabilidades gerenciales o directivas en la administración pública. A la antropología corresponde aproximadamente el 7% del total de las unidades de investigación en ciencias sociales y disciplinas humanísticas, alrededor de 3% de los investigadores y de los proyectos, observándose una disminución de las tres categorías en el lapso 1977-1983 (Castro 1988).

En el campo de la investigación social, durante la primera mitad del siglo XX hubo una hegemonía del positivismo y evolucionismo en sus versiones criollas como modelos intelectuales para el discurso antropológico-social con diferentes tendencias, entre las que destacaron aquella interesada en el estudio etnográfico de los indígenas venezolanos y otra que procuró reencontrar en la indagación del pasado indígena, las raíces y tradiciones culturales del país. La irrupción de valores ajenos al medio local que acompañó la explotación extranjera de los recursos petroleros venezolanos a partir de los años Veinte, desestimuló, sin embargo, esa segunda tendencia que parecía encaminada a resaltar la especificidad socio-cultural venezolana. Otro factor que retrasó,

así mismo, el desarrollo de la investigación antropológica sistemática de lo indígena fue la instalación de misioneros católicos en la Gran Sabana (Estado Bolívar), Delta Amacuro y Territorio Federal Amazonas durante el mismo período, en lo que constituyó la delegación de las atribuciones del Estado a las órdenes salesiana y capuchina en esa materia (Arvelo Jiménez y Biord Castillo 1990). A partir de mediados de siglo, con la creación de la Escuela de Sociología y Antropología, la antropología adoptó localmente el modelo funcionalista norteamericano. Sus características fueron: énfasis en el trabajo de campo con escaso nivel de elaboración teórico-interpretativa; preeminencia de técnicas específicas de observación en el terreno; visión compartimentalizada del conocimiento de la sociedad expresada en la división de áreas temáticas; desconexión entre el campo técnico-metodológico e instrumental-operativo y los componentes claves del cuerpo teórico del funcionalismo. En otros términos, las investigaciones realizadas a nivel de comunidades no fueron confrontados con las posibilidades y recursos de la propia teoría funcionalista. La profesionalización de la disciplina se dio a partir de la ignorancia del pensamiento y tradición intelectual previa en el país y la importación de esquemas e ideas desarrolladas en los medios académicos del Norte. En los años Setenta, el modelo hegemónico funcionalista fue sustituido por diversas influencias de escuelas y tendencias vinculadas al marxismo y otras corrientes, aunque también persistió la tradición ligada al estructural- funcionalismo y al funcionalismo.

No obstante, es preciso destacar que, en general, a pesar de un supuesto teoricismo exagerado en los medios académicos, ha habido una falla de la capacidad estructurante y asociativa en el análisis, reflejo de problemas en las propias condiciones de la práctica docente tal como se desarrolló localmente. En el proceso de institucionalización de la disciplina en el ámbito universitario, en las generaciones que siguieron a los pioneros no hubo verdadera construcción, elaboración y discusión teórica sino una creciente disociación entre lo que se dio en llamar «el marco teórico» y una frágil reconstrucción empírica. No obstante, a pesar de las dificultades de la institucionalización y de la peculiar asimilación de la matriz disciplinaria, la antropología en Venezuela ha ido cubriendo un abanico relativamente extenso de temas. Con cierta frecuencia, sus practicantes fueron etiquetados como especialistas en «cacharros» arqueológicos o en los modernos «primitivos», con exclusión de otros campos. A ello estuvo ligado el hecho de que las actividades profesionales de los antropólogos, al igual que las de los sectores indígenas, han sido consideradas marginales dentro de las prioridades del desarrollo científico y tecnológico, perdiendo eficacia social inclusive para atender los problemas de los mismos sectores indígenas. Pero, por otro lado, el conocimiento antropológico se fue aceptando como un instrumento potencialmente útil para el análisis y manejo de los problemas sociales y culturales en el desarrollo del país. Así, crecientemente los antropólogos comenzaron a incursionar en otras áreas, con fructíferas



interacciones teóricas y prácticas con otras disciplinas: la antropología social del campesinado, los estudios de comunidades, pueblos pequeños, la antropología del mundo urbano, las clases sociales, los niveles nacionales de integración sociocultural, los campos y las redes sociales, la cultura de la pobreza, la cultura popular, la cultura sindical, la cultura científica. Entre los intentos de síntesis que van más allá de la descripción de técnicas, están los de una fusión enriquecedora de la arqueología y la antropología social, a través de los estudios de la evolución de los sistemas de producción agrícola americanos, en particular los complejos del maíz y de la yuca (Sanoja y Vargas 1981).

Sin embargo, también hay ausencias temáticas significativas. Entre los temas que no son investigados en el país, un estudio reciente sobre la sociología en Venezuela (Castro 1988) observa la escasez de trabajos socioculturales sobre la muerte, a pesar de lo rico que es ese tema en la cultura venezolana. Otra área ausente es el estudio del racismo o segregación racial, a pesar de que en Venezuela hay indicadores que muestran la presencia de un racismo subyacente, asociado a la segregación social y también signos explícitos de discriminación. No obstante, el problema no sería asumido por los venezolanos, por partir del supuesto que éste no es un problema en Venezuela. Otras áreas temáticas insuficientemente tratadas, y que resulta interesante señalar, son la socio- antropología de la sexualidad y de la violencia, tópicos que golpean la realidad cotidiana de manera tan brutal que sorprende la insuficiencia de investigaciones al respecto; también hay un amplio margen para el estudio de los intelectuales y, en general, la *intelligentia* nacional.

El tercer nivel de análisis propuesto, las estructuras institucionales, nos conduciría a la sociología y la ciencia política y a varias historias específicas de desarrollo institucional. Los inicios de la actividad sistemática de rescate y conservación del patrimonio arqueológico venezolano tuvieron lugar en el Museo de Ciencias Naturales de Caracas y en el Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Geografía e Historia, fundado en 1943. La Comisión Indigenista Nacional, creada por el gobierno venezolano en 1948 publica desde 1953 el *Boletín Indigenista Venezolano* que desde entonces ha sido el órgano oficial del indigenismo. En los comienzos, por carecer Venezuela de una tradición académica en antropología, su práctica indigenista se inspiró en los principios del indigenismo mexicano. Más tarde, como consecuencia de la diversificación de influencias etnográficas, tanto norteamericana, especialmente a través del programa de J. Wilbert de la Universidad de California, como francesa, fue creciendo un marco conceptual propio y una tradición indigenista que hizo al país menos dependiente de las pautas del indigenismo mexicano y que ha contribuido a sensibilizar a la opinión pública y a los organismos oficiales competentes.

En 1947 se fundó un Departamento de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Ven-

ezuela y una Cátedra de Antropología General. Fue en 1952, sin embargo, cuando se creó, por acuerdo entre la Universidad Central de Venezuela y la Universidad de Wisconsin, un Departamento de Sociología y Antropología que sentó las bases de la moderna institucionalización académica de la disciplina. El nuevo modelo profesional que se implantó, disoció la tradición histórico-sociológica nacional previa, a la que ya hicimos referencia, de la nueva modalidad de institucionalización profesional. Paradójicamente, esa nueva forma de institucionalización tuvo elementos que redujeron la capacidad de legitimación social de la nueva profesión, ya que el Estado se interesó sólo en la dimensión instrumental burocratizada del quehacer y saber antropológico social, más asociado con el modelo de antropología aplicada norteamericano, que con la función teórico-crítica que caracterizó los mayores logros de la escuela. Mientras que las ciencias sociales académicas se fueron radicalizando durante la renovación de la segunda mitad de la década del Sesenta y la primera mitad de la del Setenta, en la antropología, disciplina de peso demográfico muy pequeño, y marginal a los debates nacionales, persistió el influjo de las tradiciones epistemológicas de las ciencias sociales metropolitanas. Eso implicó una cierta abundancia de trabajos de campo sobre diversos aspectos la realidad nacional, en un rescate de la especificidad que puede ser revalorizado en la etapa de transición actual.

A casi 40 años de su creación, la carrera de antropología de la Universidad Central de Venezuela, pese a ser la única escuela en el país a nivel de pregrado, no ha logrado aún la autonomía administrativa en la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, aunque en la práctica se ha dado una diferenciación clara entre antropólogos y sociólogos. Las cuatro grandes subdisciplinas antropológicas que se han desarrollado en paralelo a lo largo del período en la Escuela han sido la lingüística, la arqueología, la antropología física y la antropología socio-cultural. Los intereses de investigación más destacados han sido los referidos a la arqueología e indigenismo y, en menor medida, a la lingüística. En el Departamento de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas se realiza la principal investigación antropológica en el país, fundamentalmente en arqueología y etnología, con atención marcada a la permanente contrastación con los niveles y resultados de la matriz disciplinaria internacional. En los últimos treinta años de investigación sistemática sobre aspectos de la realidad nacional, se ha ido generando, progresivamente, una tradición propia que está en camino de ser evaluada y reconocida. Actualmente, se vislumbra la emergencia de una nueva agenda de investigación institucional en el campo antropológico que se apoya en nuevas líneas y áreas temáticas.

La Fundación La Salle de Ciencias Naturales y en particular su Instituto Caribe de Antropología y Sociología, a través de su revista *Antropológica* y de su serie de *Monografías* ha cumplido una

importante labor en la creación de una tradición de etnología venezolana y la difusión de la misma. Otras instituciones han creado en los últimos años núcleos de investigación antropológica, con especial atención a los estudios sobre poblaciones afroamericanas, etnomusicología, folklore, etnomedicina, etc.

El cuarto nivel, el de la congruencia relativa entre diferentes tradiciones nacionales, nos invita a cuestionarnos sobre los desarrollos en la propia Venezuela, y en relación con otros países latinoamericanos, sobre los caminos paralelos de la antropología y la sociología por un lado, y de la sociología y la historia por otro. Asimismo surgen como elementos de interés la comparación del indigenismo venezolano con el indigenismo mexicano, peruano y brasileño; la comparación de los procesos de integración del componente africano venezolano, con lo sucedido en Brasil, en Colombia o en los diversos países caribeños; el estudio de la conquista de las fronteras internas en Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Brasil y Bolivia. ¿Cómo se dieron esos procesos en cada uno de esos países? ¿Cómo fueron percibidos por sus sociedades y por sus intelectuales? ¿Cuáles fueron los condicionantes sociopolíticos y cognitivos que intervinieron en cada caso?



Es obvio que la investigación adecuada de los estilos nacionales es una empresa altamente interdisciplinaria, que requiere la cooperación de muchos individuos en distintos campos académicos. Si se van a comparar estilos nacionales, se debe superar la forma actual de comprensión del internacionalismo de la ciencia. La internacionalidad, la universalidad de la ciencia no consiste en que un estilo nacional sea dominante en un momento particular y, por tanto, se convierta en el patrón «internacional». Más bien, el carácter internacional de la ciencia se produce por una interacción mucho más complicada, inacabable, de diversos estilos nacionales. La ciencia universal, en esta perspectiva, no sería más que el conjunto de ciencias nacionales. La búsqueda de liderazgo internacional puede interpretarse de diferentes maneras según el sesgo político que se adopte, sea como un camino que se aleja de la más efectiva integración del conocimiento organizado en estrategias nacionales de desarrollo, sea como un camino que nos aproxime cada vez más a la integración de una ciencia verdaderamente universal en una sociedad internacional. 

Referencias

Arvelo-Jiménez, N. y H. Biord Castillo
1990 «La Antropología en Venezuela: Balance y Perspectivas». En *La Antropología en América Latina*. Publicación No. 448 del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.

- Ben-David, J.
1974 *El papel del científico en la sociedad*. México: Trillas.
- Brookman, F. H.
1979 *The Making of a Science Policy*. Amsterdam. Citado en Jamison, (1982).
- Burt, E. A.
(1925) *The Metaphysical Foundations of Modern Physical Science*. Londres y Nueva York. Allen & Unwin..
- Cardoso de Oliveira, R.
1988 *Sobre o pensamento antropológico*. Río de Janeiro: Tempo Brasileiro/MCT/CNPq.
- Cardoso de Oliveira, R.
1990 «Notas sobre una estilística da antropología». Trabajo presentado en el Seminario Internacional sobre Estilos de Antropología, UNICAMP, Campinas.
- Castro, J.G.
1988 *Sociólogos y sociología en Venezuela*. Caracas: Tropykos, UNESCO.
- Duhem, P. [1914]
1962 *The Aim and Structure of Physical Theory*. Nueva York: Atheneum.
- Finkelkraut, A.
1987 *La défaite de la pensée*. Paris: Folio.
- Herder, J. G. von
1774 *Otra filosofía de la historia*. Citado en I. Berlin, *Vico and Herder*, Londres: Chatto & Windus, 1976.
- Jamison, A.
1982 *National Configurations of Scientific Knowledge*. Lund, RPI: University of Lund.
- Kohler, R.
1982 *From Medical Chemistry to Biochemistry*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kroeber, A.
1962 *A Roster of Civilizations and Culture*. Nueva York: Viking Fund Publications in Anthropology No. 33.
- Lammers, C.J.
1974 «Mono- and Poly-paradigmatic Developments in Natural and Social Sciences.» En R. Whitley (ed.) *Social Processes of Scientific Development*, Londres y Boston: Routledge.
- Latour, B.
1983 «Comment redistribuer le grand partage?» *Revue de Synthèse CIV*, abril-junio (París).

- Mauss, M.
1972 *Obras Completas*. Madrid: Alianza Universidad, Vol. III.
- Merton, R. K.
1977 *La sociología de la ciencia*. Madrid: Alianza, 2 vols.
- Montesquieu, Charles de [1748]
1978 *The Spirit of Laws*. Impresión No. 22 de la Edición de 1952 de la Enciclopedia Británica, Chicago.
- Nasr, S.H.
1976 *Islamic Science*. Londres: Illustrated Study, Methuen.
- Needham, J.
1969 *The Grand Titration. Science and Society in East and West*. Londres: Allen & Unwin. (Ed. española: *La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y Occidente*. Alianza Universidad. Madrid, 1977.)
- Sanoja, M. y Vargas, Y.
1981 *Los hombres de la yuca y el maíz*. Caracas: Monte Avila Editores.
- Sivin, N. (ed.)
1977 *Science and Technology in East Asia*. Nueva York: Science History Publications.
- Traweek, S.
1988 *Beamtimes and Lifetimes*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Vessuri, H.
1991 «Universalismo y nacionalismo en la ciencia moderna. Una aproximación desde el caso venezolano». *Quipu* 8, 2, mayo-agosto.
- Vessuri, H.
1993 «Intercambios internacionales y estilos nacionales periféricos: Aspectos de la mundialización de la ciencia». En A. Lafuente, A. Elena y M. L. Ortega (eds.) *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*. Madrid: Doce Calles, Universidad Autónoma de Madrid.
- Whitehead, A.N. [1926]
1985 *Science and the Modern World*. Nueva York, Londres: Free Associations Books.
- Wolf, E.
1964 *Anthropology*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Wolfflin, H.
1964 *Renaissance and Baroque*. Londres: Fontana.
- Zilsel, E.
1945 «The Genesis of the Idea of Scientific Progress». *Journal of the History of Ideas*, 4.